

INFIERNO

La primera vez que nos llamaron de la escuela, supuse que era por otra de las travesuras a que nos tenía acostumbrados Cecilia desde su infancia. Pero esta vez la cosa era más grave y la cara de la directora no presagiaba nada bueno.

Sin mayores vueltas nos comunicó que nuestra hija estaba llevando marihuana a la escuela, no sólo la consumía en el baño sino que también le proveía a sus compañeras.

En un primer momento quise creer que Cecilia había hecho alguna de sus habituales bromas, llevando yerba mate o cosa similar para escandalizar a las profesoras, pero la actitud de la directora me hizo comprender rápidamente que no se trataba de una burla más de mi hija.

La directora, como si hubiera leído mis pensamientos, sacó de su cajón unos cigarrillos armados y me los mostró.

-¿Ha visto un porro?, todo esto estaba en la mochila de su hija.

Quedé anonadada, pensé en pedir una prueba de que eso era realmente marihuana, pero algo me decía que lo que afirmaba la directora era verdad.

Al resto de la entrevista no lo recuerdo con claridad, pero el ultimátum de la directora fue irrevocable: debíamos sacar a Cecilia de la escuela y su consejo fue que la lleváramos, sin pérdida de tiempo, a algún centro especializado para su rehabilitación.

El infierno se había desatado en mi aparentemente tranquila familia. Durante el viaje de retorno a casa, Julio y yo no estuvimos callados, cada uno tratando de entender qué había pasado.

Al llegar, comenzaron los reproches y las acusaciones. Nos culpábamos mutuamente de haber abandonado a nuestra hija por otros intereses; nuestras respectivas carreras, por ejemplo, o nuestra vida social. Salieron a relucir también las infidelidades de Julio, que en realidad a esa altura de nuestra vida matrimonial, me importaban muy poco.

Al día siguiente pedí licencia en la agencia y comencé la búsqueda de algún profesional que se dedicara a esos problemas.

Mi primer intento fue llamar a una conocida psiquiatra con la cual había tenido un esporádico trato profesional.

Su secretaria me ofreció un turno para el mes siguiente, por lo que tuve que apelar a la relación profesional y conseguí que me atendiera esa misma tarde entre dos pacientes.

Durante la entrevista me sentí evaluada y juzgada como una madre absolutamente incompetente que descubre de pronto algo de lo cual debía haber tenido, al menos, alguna sospecha.

Ese fue el primer interrogatorio de los tantos que tuve que responder a lo largo de estos años: si sabía sobre las amistades de mi hija, si había detectado conductas extrañas, si había notado la ausencia de objetos de valor o dinero y otras tantas preguntas que traté de responder lo mejor que pude, pero que me dieron la certeza de que para la psiquiatra, yo era una madre desastrosa.

Cuando salí del consultorio, me di cuenta de que yo había minimizado el hecho, relatándolo como si se tratase de una travesura infantil sin mayores consecuencias, y que su recomendación de tomar el asunto en serio y conseguir pronto la ayuda adecuada, me había molestado profundamente.

La psiquiatra me proveyó de una gran cantidad de direcciones y referencias sobre establecimientos donde se trataban casos de adicciones.

Esa noche tratamos de hablar con mi marido sin agredirnos y acordamos ocuparnos seriamente del asunto. Al día siguiente descubrí que “ocuparnos seriamente” implicaba que yo me ocupara seriamente.

Por la mañana, hablé por primera vez con Cecilia. Desde nuestra entrevista con la directora de la escuela había permanecido en su habitación, supuestamente castigada, pero sin dar mayores muestras de enojo o arrepentimiento.

Cecilia me dijo que una compañera le había pedido que le guardara los “porros” y ella los había puesto en su mochila, que sólo una vez había fumado y que no le había gustado y que en el fondo se alegraba de irse de esa escuela de esnobs y nenas de mamá que sólo hablaban de la fortuna o el apellido de la familia y otras cursiladas por el estilo.

Su conversación me tranquilizó, pero también me sentí culpable por el error que había cometido al insistir en ese colegio prestigioso, que si bien podíamos pagar, no se ajustaba a nuestra posición social de profesionales de clase media.

La versión sobre su inocencia respecto a la tenencia de la droga, fue la primera mentira que le creí a mi hija.

Al día siguiente, en vez de dirigirme a una de las tantas instituciones que me había proporcionado la psiquiatra, comencé a buscar un colegio donde la aceptaran a esa altura del año lectivo.

Una amiga, a la cual relaté el episodio de la mochila según la versión de Cecilia, me recomendó un colegio privado que aceptaba repetidores y casos de expulsión de otras escuelas, el nivel de la enseñanza no era muy bueno, pero al menos Cecilia no perdería el año.

Cuando fui al colegio me di cuenta de nada bueno. Era el primer colegio mixto al que iría mi hija y la visión de chicos y chicas fumando tranquilamente en cualquier sitio, hablando a los gritos o “atracando”, sin hacer caso de un timbre que sonaba insistentemente para que entraran a las aulas, no se parecía en nada al colegio ordenado que había dejado.

No obstante la inscribí allí sin mayores inconvenientes, pensando que quizás ese ambiente más relajado armonizaría mejor con su modo de ser.

Por dos meses hubo calma, yo retorné al trabajo donde me encontré con la grata nueva de que tendría a mi cargo una importante cuenta de publicidad.

Cecilia parecía contenta en su nueva escuela, por suerte su padre no tenía tiempo de conocer el establecimiento, por estar tan ocupado como yo con su trabajo y, posiblemente, con una nueva conquista.

Todo volvió a comenzar una noche cuando Cecilia entró en mi cuarto tambaleándose y me pidió que llamara a un médico porque se sentía muy mal.

Corrí al teléfono pero antes de que pudiera tomarlo, mi hija cayó al suelo inconsciente y fueron inútiles las tentativas de reanimación que realicé hasta que llegó la ambulancia.

El escenario donde se desarrolló la segunda entrevista, fue en el despacho del Jefe del servicio donde había sido internada. En esa oportunidad, después de informarnos que nuestra hija había estado en coma por una sobredosis de cocaína, pero que estaba reaccionando bien, el médico y una psicóloga del hospital, procedieron a hacernos las preguntas que para mí ya eran familiares.

El padre, se sintió bastante molesto con el interrogatorio y vociferó que su hija era una criatura normal, que alguien le habría dado la droga y que ella en su inocencia y desconocimiento había consumido de más.

La psicóloga contempló mi expresión y dijo:

-Usted entiende la seriedad de esto ¿verdad?

La discusión posterior con mi marido fue terrible, en ese momento nos acusamos de las cosas más atroces, era evidente que el poco respeto que sentíamos por nuestra pareja se había esfumado, los problemas con nuestra hija sólo habían sido el detonante que nos hizo aterrizar en la realidad de nuestro irreversible final.

Al día siguiente mi marido acomodó algunas cosas en una maleta, me dijo que mandaría a buscar sus otras pertenencias y que su abogado se pondría en contacto conmigo. El problema de Cecilia pasaba a ser de mi única incumbencia.

Cecilia, fue dada de alta dos días después. Antes de retirarla del hospital tuve otra entrevista con la psicóloga. Ella más o menos me aconsejó lo que había dicho la psiquiatra y también me sugirió que yo debía hacer terapia.

-Para usted vienen tiempos muy duros, esto recién comienza y después todo se pondrá peor, por eso necesita estar lo más integra y contenida posible.

Salí de la clínica sintiendo que el mundo se había desplomado sobre mis hombros y sin poder contenerme me puse a llorar en cuanto subimos al coche.

Cecilia me miraba consternada, creo que nunca me había visto llorar y a ella también se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando logramos calmarnos Cecilia me abrazó y me juró que nunca más consumiría drogas, que esta había sido una lección muy fuerte porque realmente había sentido que se moría.

Me dijo todo lo que yo quería oír: que abandonaría el colegio, estudiaría en casa y rendiría todo el año libre. Cuando objeté lo de dejar la escuela, me dijo que en el nuevo colegio circulaba la droga libremente, que el director lo sabía pero se hacía el tonto porque él también participaba de las ganancias en la venta de porros y otras drogas.

Sentí un gran alivio, por fin mi hijita se daba cuenta de lo peligroso de su conducta y ella sola decidía apartarse de ese ambiente por su seguridad.

Llegamos a casa muy contentas, mandé a la mucama a comprar una torta, helados, todo lo que se necesita para una fiesta y tomamos el té olvidándonos de la dieta y haciendo planes para el futuro, que incluían un viaje a Europa cuando ella se recibiera.

El nuevo proyecto de publicidad me absorbía mucho tiempo, pero estaba tranquila porque Cecilia estaba en casa estudiando para poder rendir las materias de quinto año. Cuando yo llegaba, la encontraba en su cuarto rodeada de carpetas, libros y los ojos irritados de tanto leer.

Pero su actitud había cambiado, estaba más huraña y durante la cena revolvía la comida en el plato casi sin probarla y me contestaba con monosílabos.

Un día, llegué a casa muy cansada y con un fuerte dolor de espalda, para relajarme fui al botiquín a buscar unos comprimidos que me había recetado el médico.

Revolví todo el baño pero los comprimidos no aparecieron, entonces recordé otra de las preguntas que me hacían en las entrevistas: si había notado que me faltaban medicamentos.

Cecilia negó haberlos tomado o visto, dijo que posiblemente estaban vencidos y yo misma los había tirado.

Acepté su versión; cuando ponía orden pensaba en otra cosa, generalmente en mis problemas laborales.

La semana siguiente Cecilia tuvo otro episodio de intoxicación por drogas, esta vez drogas legales que ella conseguía, nunca supe por qué medios. El episodio no fue tan peligroso como la primera vez, pero sí lo suficientemente grave como para que le hicieran un lavaje de estómago y yo me viera sometida al interrogatorio de rutina.

Nuevamente pedí licencia, sabiendo que esa actitud estaba socavando mi carrera y comencé a buscar un lugar de internación.

Me hablaron de una comunidad en un pueblo de la provincia, donde los internados realizaban tareas de granja. Fui a visitarla y me pareció un lugar adecuado, a esa altura, cualquier lugar me parecía adecuado.

Cecilia se negó rotundamente a convertirse en una “campesina sucia y bruta”. Yo llamé al padre y le expuse la situación.

Roberto intentó hacer causa común con su hija hasta que le comuniqué que si no me apoyaba, la tendría que llevar a su casa, yo renunciaba a su tenencia.

El argumento fue decisivo, Roberto no sólo aceptó, se ofreció a llevarla personalmente a la comunidad.

Nuevamente tuve unos meses de tranquilidad. Visitaba a Cecilia cada quince días, era lo que pautaba el reglamento y en esas visitas debía participar de una asamblea donde se esperaba que los padres aceptaran la culpa que les tocaba en la adicción de sus hijos.

Mientras oía a los asistentes auto acusarse de sus falencias como padres, al estilo de alcohólicos anónimos, que había visto en películas, pensaba que era una locura y que ese método no iba a lograr nada con Cecilia y posiblemente con ninguno de los chicos internados.

No tuve que preocuparme mucho tiempo: me llamaron de la comunidad para decirme que debía retirar a mi hija a la brevedad.

Cuando fui a buscarla, el director que me explicó que el motivo de la expulsión obedecía a que Cecilia violaba casi todas las reglas y en particular la que prohibía las relaciones sexuales entre los internos.

Cuando emprendimos el viaje, Cecilia parecía apesadumbrada, eso me llamó la atención, creía que iba a estar contenta de que la sacara del sitio que aborrecía.

Al cabo de un rato empezó a llorar. Sabía que las lágrimas no presagiaban nada bueno, por eso paré el auto en una estación de servicio y sugerí que bajáramos a tomar un café.

Cecilia no se movió del auto y continuó llorando, al cabo de un rato me confesó que estaba embarazada.

Cuando se está absorbido por un problema grave, es frecuente negar otras posibles catástrofes y la noticia me dejó anonadada. Después de que me explicaran la causa de la expulsión, no debía haberme asombrado.

Cecilia, seguía llorando como la niña desamparada que era, la acuné en mis brazos y le dije que todo se arreglaría, que no sería el primer caso de una madre adolescente y que yo la ayudaría a criar al bebé.

Se desprendió de mis brazos y me miró como si yo hubiera enloquecido.

-No te das cuenta que puede ser un monstruo, este crío fue engendrado cuando yo estaba drogada y el posible padre también.

La miré sin poder creer lo que oía y le pregunté ingenuamente

-¿En la comunidad también consumiste?

Me miró socarronamente.

-Hay control, pero la droga entra igual, el director lo sabe pero no le conviene que se sepa porque se le acaba el negocio. A mi me echó por el embarazo, si llega a saberse, todos los padres retirarán a sus hijas.

Una semana después interné a mi hija para que le hicieran un aborto.

Después de esto volvimos a fojas cero.

Han pasado varios años en los cuales la historia se repitió mil veces: internaciones, terapias, sobredosis, épocas en las que ella comenzaba a estudiar o conseguía un trabajo. Tenía algunos meses de tranquilidad y cuando comenzaba a ilusionarme con la perspectiva de una vida normal. Todo comenzaba de nuevo.

El padre se borró totalmente, se volvió a casar y comenzó una nueva familia. Con su pareja tuvieron tres hijos, uno tras otro y al parecer la experiencia con Cecilia le hizo bien o sencillamente había madurado y se ocupaba mucho de los niños.

A partir de su nueva familia, pudimos ser amigos, él me cuenta de sus niños y se interesa un poco más por Cecilia, pero con ella nada cambia.

Actualmente tengo cincuenta y cinco años pero todos me dan más edad, mi brillante carrera se fue al diablo y ahora sólo pienso en jubilarme.

Hace un mes Cecilia estuvo muy grave a raíz de una sobredosis. Como no tiene ni yo puedo pagar medicina privada, estuvo internada en un hospital. Una noche uno de los médicos de guardia se sentó a mi lado y dijo que me veía muy cansada, que debía preocuparme más por mí.

No sé si fue el agotamiento o la necesidad que tenía de descargarme, el hecho es que le contesté sin pensarlo:

- Cuando muera mi hija, por fin podré descansar.

Me detuve horrorizada por mis palabras pero el médico me tomó la mano y dijo:

- La entiendo perfectamente.